

LOS LIBROS

UNA NOVELA BRASILEÑA, CACAO (1), por *Jorge Amado*.

Se equivocan ciertamente los que piensan que la novela de hoy, es un fruto dulce para mordisquearlo en las horas de ocio. Que con ella se pueden consumir unas cuantas horas muertas del día. Las novelas actuales llevan el latido pleno y rítmico del tiempo. No adulan al lector. Acabamos de leer una novela de esas que no sirven para consumir unas cuantas horas perdidas, sino para abrir brechas en la conciencia del lector. Es lástima que esta novela no pueda ser difundida en América. Hombres generosos de Argentina han tenido la amabilidad de remitirnos un ejemplar de la excelente traducción que se ha hecho de ella en Buenos Aires, por la editorial «Claridad». La novela lleva por título «Cacao», su autor es el escritor Jorge Amado y su circulación fué impedida por la policía. No es raro en estos tiempos. «Cacao» plantea los conflictos duros y dolorosos del trabajo en los cacahuales, en las zonas del sur de Bahía, en el Brasil, en Ilheos, en las plantaciones de cacao. La novela con ser breve, apretada es una viva descripción de la existencia miserable de los trabajadores de las fazendas, América ha logrado crear algunas novelas típicas, desordenadas y potentes. Hay necesidad de citarlas una vez más? Se han incorporado a esa lista que todos

(1) Ediciones «Claridad».—Buenos Aires, 1936.

conocen, muchas otras. Cada cierto tiempo van surgiendo en los países americanos, nuevos documentos de la vida enconada y torcida de la miseria y de la prostitución. Seguramente todo esto es triste, porque parece que América está incapacitada para producir esos libros gráciles, ingrávidos, cuyos conflictos serpentean por las galerías del reino interior.

Algunos tuercen el gesto cuando oyen hablar de las novelas americanas y les niegan todo valor. Dicen que son documentos de propaganda izquierdista, para ayudar a la revolución proletaria. En todo caso, no son las novelas las que ayudan a esa revolución. Las novelas realizan, por lo contrario, otra misión: ayudan a poner de relieve un estado social en el cual poco o nada se repara. Es infantil juzgar con ese criterio la producción novelesca nueva de América. La obra de arte nada tiene que ver con izquierdas o con derechas. Es superior a esas diferenciaciones marcadas por la lucha política. La izquierda puede reclamar para ella la pasión que descubre en ciertos libros en los que se pintan escenas del pueblo y se condena el egoísmo de los que están hartos de riqueza. La documentación sombría de Dostoyewsky, de Tolstoy o de Zola, aún del propio Verga en Italia, extraída en las raíces mismas del pueblo no puede cargarse en la cuenta de una intención determinada de carácter político. Es absurdo. Sorprendieron el documento humano auténtico, de valor permanente, en las entrañas de una clase humilde que siempre ha padecido escasez de todo. Por ejemplo, casi la mitad del teatro cómico español eligió el hambriento como tipo de regocijo para los que asistían a sus representaciones.

Cacao es la pintura acusadora de la explotación humana, en una región determinada del Brasil. Asimismo lo fué *La Vorágine* en Colombia; *Huasipungo* en Ecuador, y *Canal Zone* en las regiones de Panamá. Documentos cuya fuerza reside en la presentación misma de las miserias y no en la intención del autor. «Nosotros—escribe el héroe de Amado—ganábamos 3 mil quinientos reis por día, o sea, setenta centavos nacionales, más o

menos, y parecíamos satisfechos. Reíamos y hacíamos chistes. Sin embargo, ninguno de nosotros podía economizar ni siquiera un cobre. La despensa se llevaba todo nuestro saldo. La mayoría de los trabajadores debía al coronel, el amo de la fazenda, y todos estaban amarrados a ella». Eramos muchos, añade el novelista, en la inmensidad de la plantación. Las hojas secas cubrían el suelo, donde las cobras se calentaban al sol, después de las largas lluvias de junio. Los frutos amarillos pendían de los árboles como lámparas antiguas. El conjunto ofrecía una maravillosa mixtura de colores, que tornaba todo bello e irreal, menos nuestro trabajo agobiador. A las siete de la mañana ya estábamos bajando cocos de cacao, después de haber afilado nuestros facones yacaré en la puerta de la venta. A las cinco de la mañana, el trago de vino y el plato de porotos nos daban fuerzas para el resto del día».

Jorge Amado es el novelador directo, sin retórica, sin liradas líricas. No obstante trabajar con los elementos de una región que se presta por su naturaleza para el exordio romántico o la frase larga y lánguida o el descripcionismo meticuloso, prefiere narrar con el mínimun de elementos de oropel, rápido y esquemático, buscando siempre el detalle conciso, la expresión más sugestiva. Esto le diferencia de casi la mayoría de los novelistas americanos especialmente de los que han intentado pintar la vida tumultuosa y triste de las selvas. Rivera, Rángel, Ferreira de Castro, en envolventes y líricos períodos en que la selva canta con su mil voces estupendas.

Amado busca el hombre, su dolor, la explotación por los hombres, la miseria de las mujeres que son llevadas a la prostitución, la resignación humana bajo la sombra de las plantaciones. Con la guitarra encienden la noche y se lamentan. En las fiestas del candombe se embriagan sin remisión. Matan y destruyen por una mujer. Un vapor sensual flota sobre estas páginas angustiosas, igual que la sutil reverberación del aire después de las lluvias sobre los caminos llenos de lodo.

La literatura novelesca americana ha querido diferenciarse del espíritu armónico y ordenado de la novela europea, hecha y construída por la tradición. La fazenda, como la selva o como el llano impone al escritor una concepción desordenada de la existencia. Escriben estos autores a machetazos, con aspereza, tal como se desenvuelve para los hombres la vida irregular en los trabajos. Todas estas novelas americanas son trágicas, son dolorosas y a veces dan la impresión, al leerlas, de ir caminando sobre fango pútrido. No hay duda que algunos como el ecuatoriano Icaza, exceden la medida y agrupan los hechos más pestilentes. ¿Qué hacer? parecen decir. No tenemos otros elementos más dramáticos de que echar mano para sacudir a los indiferentes.

Cacao fué acusada de ser novela pornográfica. No lo es. Está muy distante de serlo. Es quizá menos amarga en este sentido que muchas otras novelas americanas. El lenguaje es desenfadado, rudo en ocasiones, tan libre que es probable que esa terminología haya dado motivo para su resistencia en ciertos sectores. Lo que imprime a esta sucesión de cuadros, de la vida de los cacahuales, un carácter impresionante es la realidad violenta que la envuelve. Es así la vida. A ratos el escritor se detiene en su relato de las peripecias que cuenta y traza el cuadro de la noche: «La noche lo envolvía todo. Lloraban las guitarras, piaban los pájaros. Los frutos amarillos de los cacaoceros y las cobras que silbaban. Los candiles en el camino parecían almas en pena que andaban volando. La noche en las fazendas es triste, sombría, dolorosa. Es por la noche cuando la gente piensa...».

Así vamos encontrando el mundo descubierto por este extraño y poderoso novelista, uno más en la gran fuerza literaria que es el Brasil, desconocida en el resto de América. Conocemos casi de memoria a los escritores europeos y apenas si sabemos de la existencia de los grandes escritores que en América están ayudando a descubrir América.

«Cacao—escribe Amado—es la única palabra que suena bien en el Sur de Bahía. Las plantaciones son bellas cuando están

cargadas de frutos amarillos. Al comienzo de cada año los coroneles miran el horizonte y hacen las previsiones sobre el tiempo y la zafra. Y vienen entonces las destajadas con los trabajadores. La destajada es una especie de contrato para la cosecha de una plantación y se hace por lo general con los trabajadores casados que ponen la mujer y los hijos.

«Por las mañanas partíamos llevando las largas cañas en lo alto de las cuales brillaba el sol. Y nos internábamos en los cacahueles para la recolección. Durante la colecta nos apartábamos unos de otros y apenas cambiábamos algunas palabras. Los acarreadores de cacao mondado llegaban y llevaban los canastos. El cacao era llevado a la artesa para dejarlo fermentar tres días. Nosotros teníamos que bailar sobre los carozos pegajosos y la miel se adhería a nuestros pies. Era una miel que resistía a los baños y al jabón. Después, libre de la miel, el cacao se secaba al sol, extendido en las barcasas. Allí también cantábamos y bailábamos sobre el cacao. Nuestros pies quedaban hinchados y los dedos se abrían. Al cabo de ocho días los carozos estaban negros y olían a chocolate»—.

Estos rápidos apuntes objetivos decoran el vivir turbio sin esperanzas de los trabajadores de la fazenda. Amado ha trazado los retratos de muchos tipos, en líneas breves y vibrantes. Es su estilo. Despojado de oratoria. Crudo y directo como se ha dicho, únicamente orientado a dar la visión más directa y más impresionante posible.

Desde niño Amado pudo penetrar en el mundo desconocido para tantos de la fazenda. Se dijo que la novela era autobiográfica, y que el autor había narrado escenas de su infancia. No lo sabemos. Lo que sí es indiscutible es que estamos en presencia de otra de las grandes narraciones de América, desconocida a su vez, en estas latitudes.

DOMINGO MELFI.